

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Marco Tulio Solano de la Cruz

msolanodelacruz@ieciologia.unam.mx

Instituto de Ecología de la UNAM

La humedad

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 56, abril-junio 2021, pp. 18-20.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

LA HUMEDAD

Marco Tulio Solano de la Cruz

La humedad ha formado una densa niebla; no puedo ver nada. Ya apagaron las luces. No se escucha más la turba. La cabeza va a estallarme; siento todavía la sangre caliente chorreando a través de mi rostro. En algunas heridas la sangre se ha secado. ¿Cómo es que pasó esto? Solo alcancé a ver la avalancha de gente, esa misma que detonaba mi garganta y mi felicidad.

El ambiente a estas horas es por demás húmedo, sofocante como el agua queriendo entrar por la nariz y la boca cuando uno está por ahogarse, y es que esa sensación tengo ahora. Me cuesta respirar, la humedad lo cubre todo, cada espacio recóndito de este edificio. Recuerdo los días en la selva, entre Paraguay y la Argentina. Por momentos me veo, empuñando el machete con el agua hasta las rodillas, abriéndome paso entre la maleza. Ese día pensé que había ya experimentado todo el pánico que puede sentirse. Sin embargo, mi hermano iba detrás de mí y no sentía la soledad ni el abandono, tampoco la angustia ni el miedo de ahora. ¡Carajo! Tengo miedo, estoy solo y tengo miedo. Hace dos horas fue la última vez que vi a mi hermano. No se escucha nada ya, solo el crepitar de los insectos a esta hora de la noche.

La humedad ha formado una densa niebla; no puedo ver nada. Ya apagaron las luces. No se escu-

cha más la turba. La cabeza va a estallarme; siento todavía la sangre caliente chorreando a través de mi rostro. En algunas heridas la sangre se ha secado. ¿Cómo es que pasó esto? Solo alcancé a ver la avalancha de gente, esa misma que detonaba mi garganta y mi felicidad, la única que he sentido desde hace mucho tiempo, justo cuando vinimos de Paraguay.

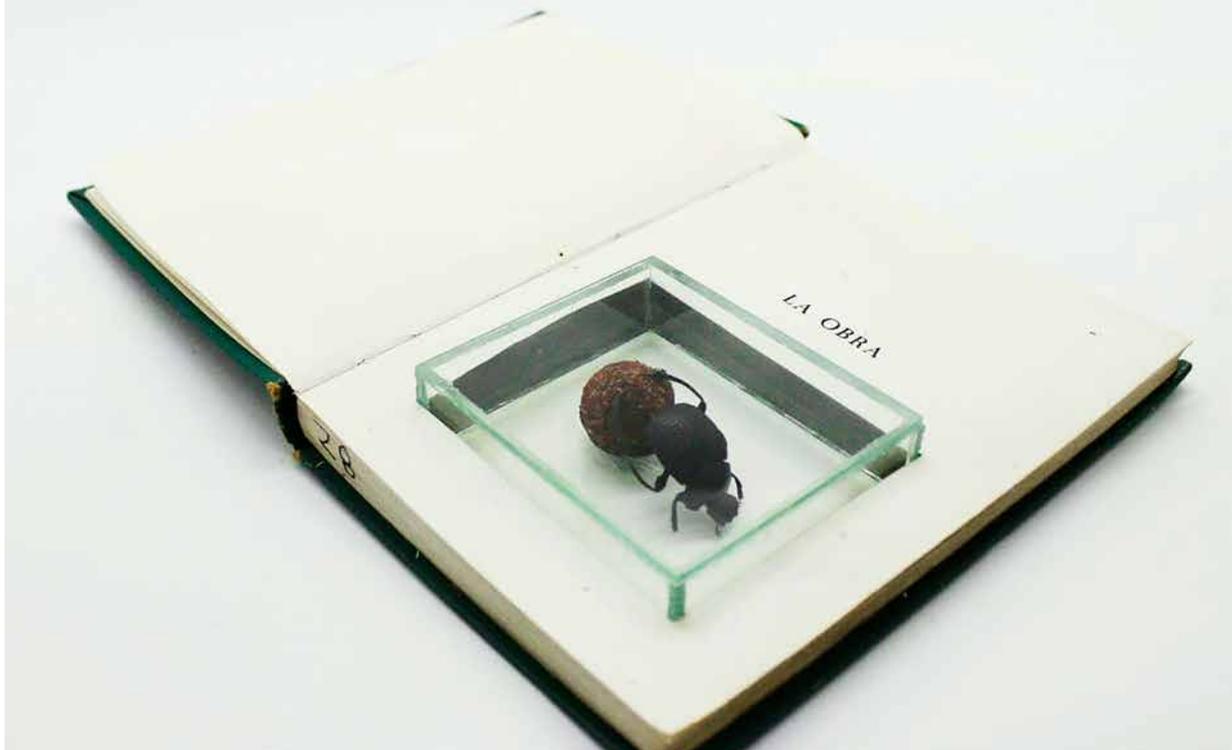
Los mosquitos zumban en mis oídos y mi desesperación aumenta. Jamás tuve tanto miedo. La incertidumbre crece a cada paso. Mis pies están pesados y no puedo ni apoyarme para caminar. Creo que tengo la pierna herida gravemente y un tobillo dislocado. Las manos me duelen y el hombro derecho se salió de su lugar. Ando a los tumbos, paso a paso. Es mejor moverse; la última hora la pasé en esa galera, boca abajo aferrado al piso. Entraron de nuevo, nos sacaron a todos y en la oscuridad me salvé porque rodé por las escaleras.

Entre tanto grito ya no escuché la voz de mi hermano, ni la mía

siquiera. Me cansé de llorar y de suplicar por mi vida. ¿Alguna vez pasará todo esto? ¿Pasará esta pesadilla? ¿Saldré con vida de acá? ¡Carajo! ¿Dónde está mi hermano? ¡Mi hermanito! Le prometí a mi madre que lo cuidaría. ¿Cómo puede la vida ser tan cambiante y hostil algunas veces! A media tarde todo era euforia: en ese lado de la vida saltábamos de felicidad, desbocamos la garganta y fuimos sublimemente felices. Y se acabó, nomás eso, se acabó. Después nos metimos en esta pesadilla y el infierno cayó con la noche, sobre nosotros.

Apenas si puedo sostenerme en pie; el dolor es tanto que parece un sueño. El dolor es tanto que me despierto para darme cuenta de la jodida realidad. Aquí no hay Dios: nos abandonó hace rato. Se fue con los gritos; se fue cuando la avalancha de gente se vino sobre nosotros. Se fue cuando nosotros hicimos lo mismo. La sangre sale de mis oídos como si fueran manantiales; se siente caliente, se siente sofocante, como el aire atrapado en la humedad. Siento la cara reseca; las costras de sangre son tan molestas como el dolor de mis huesos. Aun con todo eso, escucho, o creo escuchar todavía; el silencio es sepulcral; creo que aún veo, no sé si con claridad. Cada golpe lo sentía como un relámpago que cruzaba por mi vista y martillaba mi cabeza. Está muy oscuro, pero veo las sombras. Eso creo, las sombras.

Avanzo un poco más; hace rato que no los oigo. No sé qué pasó con los demás; éramos casi doscientos y nos volvimos nada. Hay cuerpos por todos lados; escucho los quejidos, me abro paso a través de los cuerpos. Solo le pido a Dios que, si me abandonó, por lo menos esté con mi hermano y él no sea ninguno de estos. Caí por enésima vez. Ya no siento los golpes. No siento más nada. Estoy en



La obra. Nota. El macho elabora una pelota de excremento que rodará para atraer a una hembra; en algunos casos la hembra ayuda al rodaje de la pelota y en otros solo se sube. Cuando llegan a un lugar adecuado ambos entierran la pelota a poca profundidad; la hembra hace un pequeño hueco que servirá de nidificación y como despensa cuando la larva nazca.

una especie de limbo. Alguien se queja. La poca luz me deja ver su silueta; mis manos exploran lo que yace frente a mí. Esa voz. Conozco esa voz, sí, es el Chacho. ¡Chachito querido!, por lo menos alguien conocido. ¿Qué te pasó, Chachito? No te entiendo. ¿Lo viste a mi hermano? ¿Dónde está mi hermanito? No te entiendo, Chachito. Tengo las manos llenas de sangre. El Chacho puja; se oyen las botas. ¡Se oyen las botas! ¡Carajo, debo irme, Chachito! No llores. Te juro que esta la pagan, te juro que la pagan. No sé cómo, pero la pagan.

Con los codos y el dolor infernal de mi hombro que se juega fuera de su lugar llego a las escaleras. “¡Aquí ya no hay nadie! Salvo este perro”. Ruedo escaleras abajo; me duele mucho. Escucho los gritos del Chacho; creo que ya lo mataron. Ahora vienen por mí, lo sé, ahora vienen por mí. Escucho las botas, escucho el escándalo, golpean en todos lados. Gritan y can-

tan, gritan y cantan, su odio está desbordado. ¿Cómo puede ser que canten? ¿Qué es esto? Hace tiempo que nos volvimos locos, hace tiempo que nos hicimos animales. Hace tiempo que esto se pudrió. ¿Cómo pueden coexistir la poesía y el odio? ¿Cómo puede la pasión humana tener un lado tan oscuro? ¿Cómo puede ser que la navaja tenga dos filos y un hilo tan delgado? ¿Cómo puede ser que nosotros hiciéramos lo mismo? Nos matamos nosotros mismos. Nos condenamos cuando bebimos y nos embriagamos de pasiones.

Encuentro un escalón más grande; me tiro al precipicio. Estoy del otro lado de mi trinchera. Estoy irónicamente donde estaba el otro ejército. Estoy en una zona igual de bárbara que la nuestra. Espero que no me encuentren. Ya no puedo más; estoy muy cansado. Apenas si puedo respirar. El corazón me da puñetazos. Allá vienen, todavía los escucho cantar, escu-

cho los golpes en las paredes y en todos lados. Pasan por aquí. Contengo el aliento. ¡Quiero gritar! ¡Hijos de perra! Quiero gritar. Me muerdo los labios. Siento la sangre en mi boca. Tengo la garganta seca. Muero de sed; daría mi vida o lo que queda por un trago de agua. Estoy desesperado de tanto beber mi propia sangre. La humedad me sofoca, no puedo respirar, no hay aire en el ambiente.

Pasan de largo, en dos o tres filas; golpean los asientos que me cubren. Creo que no me vieron. Se van, por fin se pierden. Se va el ruido con ellos. Se va el terror con ellos. En mi frente hierve el sudor; creo que tengo fiebre. Ya no puedo más; estoy agotado; mi mente se nubla; ya no veo las imágenes entre la oscuridad; escucho mi corazón cada vez más lejos. El aire me falta, no sé si lo necesito. Me duele todo, por eso sé que estoy vivo. Ya no me molesta la sangre que sale de mi cuerpo. Ya no siento la sangre seca. Tengo sed.

Estoy caminado con el agua hasta las rodillas; los mosquitos zumban en mis oídos; hace mucho calor. Es de noche y seguimos andando. Mi hermano sigue atrás de mí, siempre a mi lado. Viene callado como siempre, inmerso en sus propios pensamientos. Aprieto el machete y mi gancho, me muerdo los labios y hundo el machete en la hierba. Me duele la cabeza, tengo sed. El agua no es suficiente. Quiero más aguardiente. Llegamos al campamento. Limpio la sangre de mi machete; mi hermano hace lo mismo; es la primera vez que hace esto. Es la vida que nos tocó; ya se le pasará. Las primeras veces es feo; se siente que el que se muere es uno. Pero él es más fuerte que yo. No eran demasiados. Fue rápida la cosa, ni pusieron resistencia. Unos menos unos más, de todas formas, es gente que andaba mal, tarde o temprano les tocaba, si no era con nosotros, era en cualquier parte. Les tocaba y ni modo. Además, es cosa del patrón; uno qué, pa' nosotros es trabajo y ya. Es más, pudimos ser nosotros, Dios no lo quiera, pero pudimos ser nosotros.

El calor no cesa, pero el infierno quedó detrás. Esto no se cree. La luna ilumina la noche como si se tratara de una linterna. El cielo es una bóveda repleta de estrellas. Se fue la sed, se fue el calor sofocante y solo queda el calor. Me siento satisfecho. Es tiempo de decir adiós a esta vida y andar derecho. Pienso en el trabajo que vamos a hacer en Buenos Aires. Espero que no sea como acá: otra jungla. No pienso en nada de lo que hacemos. Prefiero pensar en Cerro Porteño y en los olimpuercos; esos hijos de perra nos han hecho varias, pero ya nos tocará a nosotros. ¡Y del amor que siento yo por vos...! ¡Qué linda canción! ¡Yo vengo de Barrio Obrero, capital del sentimiento...! Mañana otra vez. Otro viaje, otros muertos y más selva. Qué vida, qué infier-

no. Pero ya iremos a Buenos Aires. Creo que el trabajo de allá es más tranquilo. Ahora mi hermano duerme; parece un niño todavía. Mi madre me dijo que lo cuidara. Vino porque ya nos hartamos de la pobreza, porque es más sofocante que el aire repleto de humedad. Parece un niño.

¿Dónde dejé mi pistola? Creo que la perdí cuando estaba borracho. Se la di a mi hermanito, eso espero. Espero que se haya defendido. Él está seguro; ese fierro no me ha fallado jamás. Creo que Dios sí se quedó con él. Por eso le perdono que me haya abandonado a mí. Sigo en este infierno. Ya no escucho nada. Sigue el rumor de los insectos y la pesada noche. Debe ser de madrugada. Solo espero que ya se hayan ido. Espero que se hayan cansado de pegarnos, que ya no nos persigan y que ya se hayan ido derechito a la mierda. Salgo de esta especie de madriguera; me pongo de pie lentamente. Debe ser de madrugada, estoy seguro; la niebla se fue, la luna brilla, el aire ya no me sofoca. Me duele todo; sigo vivo, por eso lo sé. Ya no me escurre la sangre; siento costras por todos lados. El corazón ya no me da puñetazos.

Entre banderas me abro paso; hay cuerpos por todos lados. Respiro tranquilamente; la humedad se ha ido; me crujen los huesos. Creo que ya se fueron; escucho los quejidos; hay compañeros vivos. Ahora buscaré a mi hermano. Rompo mi camiseta para apretar mi cabeza y frenar el dolor. No puedo creer que este trapo sea ahora eso, un trapo, y que no me importe ya. Pienso en mi hermano; debe estar por ahí escondido. O me debe estar buscando. Tal vez logró salir; este es un barrio pesado; espero que siga acá escondido y con el fierro en la mano. Me dispongo a caminar; se escucha una multitud. Cómo puede ser que sigan aquí. ¡Hijos de perra! Siguen

en su festín de matanza. Es demasiada gente. Veo que ahora ya prendieron la luz; ¡hay luz al fondo del pasillo! Sigo caminando; ahora puedo ver el césped. ¿Cómo salgo de acá? Me van a ver. ¡Me van a matar! Estoy jodido. ¡Vienen detrás de mí! ¡Vienen corriendo! Son como veinte. El ruido de afuera se hace más agudo; deben ser como treinta mil. Es el fin. Espero que mi hermano se haya salvado. Solo alcanzo a tirarme en el piso. Con mis manos cubro mi cabeza. Pasan de largo ¡Pasan de largo! Los veo alejarse. Llevan pantalón corto y playeras amarillas. ¿Qué pasa? Se fueron, ¿se fueron? ¡No me vieron! ¿No me vieron? Me salvé de milagro. Creo que debo esconderme. La multitud está enardecida; de nuevo cantan y gritan. Si no me vieron por qué gritan. De nuevo silencio; debo aprovechar y esconderme. Todo está en calma, se oyen cientos de murmullos solamente; debo esconderme. ¿Qué pasa, por qué hay silencio de nuevo? Creo que estaban aquí, por eso ya no los vi más; se reunían acá, por eso me dejaron en paz. Debo irme ya, pero antes daré un vistazo. ¡Qué pasa!

En el verde césped ambos equipos y el estadio entero dieron un minuto de silencio y un minuto de aplausos. Los capitanes cambiaron banderines. Treinta mil almas solemnes soltaron papeles blancos y celestes al viento. Soltaron palomas blancas. La noche tenía esa mística copera y se tornaba mágica. Todos lamentaron los hechos violentos del mes pasado. Es la reapertura del estadio. El fútbol deporte está de luto, el espectáculo debe continuar y todos rechazamos la violencia. **LPyH**

Marco Tulio Solano de la Cruz es técnico académico en el Instituto de Ecología de la UNAM. Biólogo por la UV, ha combinado el quehacer científico con la creación de cuentos y poemas.